

Sexto domingo del Tiempo Ordinario C2025

Muchas personas se hacen preguntas como estas: ¿Qué será de nosotros cuando muramos? ¿Por qué esta vida tan hermosa que tanto disfrutamos se detendrá un día? ¿Por qué estamos haciendo todas estas actividades en las que estamos involucrados ahora si un día nos hundimos en la inconsciencia completa sin ninguna vida dentro de nosotros? Después de todo, ¿hay alguna vida después de la muerte?

San Pablo responde a estas preguntas con una sola frase: si Cristo no ha resucitado de entre los muertos, nuestra fe no tiene ningún fundamento. No solo somos los más miserables de todos los pueblos de la tierra, sino que también todos los que han muerto en Cristo están perdidos para siempre. Y, sin embargo, Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que han dormido. Como una primicia que da el sabor y la calidad de todos los frutos de un árbol, la resurrección de Jesús es la medida de lo que esperamos en la vida después de la muerte.

Como Cristo murió y resucitó de entre los muertos, los que mueren con él participarán de su resurrección. Por lo tanto, lo que hacemos ahora en este mundo es una preparación y una anticipación de la vida del mundo venidero. No es que el mundo presente y su realidad pierdan su importancia, sino que nos llevan a la plenitud de los tiempos, donde Cristo resucitado nos ha precedido.

Entonces, se hace claro por qué Jeremías afirma en voz alta que “Maldito el que confía en los hombres” y “busca su fuerza en la carne”. Del mismo modo, “Bendito el que confía en el Señor, cuya esperanza está en el Señor”. Por lo tanto, hay dos cosas delante de cada persona: el bien y el mal, la maldición y la bendición. Seguir el bien significa ponerse en un camino que lleva a la bendición, mientras que tomar el camino opuesto lleva a la maldición.

Quien pone su confianza sólo en los hombres, y se olvida de Dios, está arruinando su vida, porque no hay nada que esperar de un ser mortal. Quien confía en el Señor, y basa su vida en Él, es bendecido porque Dios es la fuente de la vida eterna.

Por eso, quien confía en el Señor es como un árbol plantado junto al agua que extiende sus raíces hasta la corriente. Un árbol así no teme al verano, ni al calor ni a la sequía; sus hojas permanecen verdes todo el año. Da mucho fruto, porque la corriente lo riega y lo nutre continuamente.

Lo que Jeremías nos dice en esta lectura no es que tengamos que desconfiar de los hombres en nuestras relaciones, ni nos enseña la pasividad con el pretexto de que Dios resolverá todos nuestros problemas. Al contrario, el profeta pretende hacernos tomar conciencia de que, dada la fragilidad y la inestabilidad de la condición humana, es mejor fundar el sentido de nuestra vida sobre un fundamento sólido, es decir, Dios. Quien está con Dios nunca está perdido, pase lo que pase en su vida.

Poder elegir a Dios y ponerlo por encima de todo es lo que hace que los apóstoles sean llamados dichosos en el Evangelio de hoy. Jesús los llama dichosos porque han comprendido que la felicidad no depende necesariamente de la posesión material, ni de tener abundancia ni de no tener problemas.

Sino más bien en la manera como se afrontan las situaciones de pobreza, hambre, sufrimiento y rechazo, sabiendo bien que no durarán eternamente, porque el plan de salvación de Dios va más allá de este mundo.

También es cierto que la pobreza, el hambre, el luto o el sufrimiento, no son en sí mismas situaciones ideales. Siempre serán condiciones de disminución que conviene cambiar. Sin embargo, estas condiciones de disminución, cuando se viven con Dios, pueden allanar el camino a la felicidad en el sentido de que no durarán eternamente. Dios siempre puede cambiar la pobreza en riqueza, el hambre en satisfacción, el llanto en risa y el sufrimiento en alegría.

Además, cuando a pesar de nuestra pobreza, hambre, llanto y sufrimiento, no rechazamos a Dios, sino que lo comprometemos en nuestra vida y en nuestros problemas, nos ponemos en el camino que lleva a su reino donde hay la felicidad eterna.

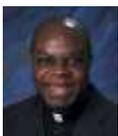
Si a los demás se les llama malditos, es porque no han comprendido la importancia de Dios para su vida, en el presente, y el lugar de la salvación eterna, en el futuro. Han hecho elecciones equivocadas. Como Dios no cuenta para ellos, razonan como si sus riquezas, alegrías y fortunas presentes fueran condiciones determinantes para la felicidad eterna.

En otras palabras, no es porque tengan abundancia, estén satisfechos o alegres, por lo que son malditos. Es porque sus situaciones les impiden buscar a Dios y darle el lugar que le corresponde en sus vidas. Por eso la bienaventuranza tiene un doble carácter de llamada y de desafío.

La bienaventuranza apela a nuestra humanidad más profunda para que cambiemos la situación de pobreza, hambre y sufrimiento en el mundo, como anticipación del reino de Dios en la tierra. Al mismo tiempo, nos desafían e invitan a imitar a nuestro Señor Jesús, quien, aunque pobre, sufriente y rechazado, fue feliz y nos prometió vida abundante si seguimos sus pasos.

Permítanme concluir diciendo que la felicidad implica que se cumplan algunos de nuestros deseos. Sin embargo, dado que los deseos de un ser humano nunca se satisfacen por completo, una persona feliz confía y espera que vengan más. La felicidad presente es hermosa, pero siempre plantea la pregunta: ¿Y mañana? Una felicidad que tiene como meta última la vida eterna es la “verdadera felicidad”. ¡Que siempre anhelemos esa felicidad, que no se puede alcanzar fuera de Dios y que apunta a nuestra salvación eterna! Amén.

Jeremías 17: 5-8; 1 Corintios 15: 12, 16-20; Lucas 6: 17, 20-26



Fecha de la Homilía: el 16 de Febrero, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250216homilia.pdf